

LA COPA DE CRISTAL

Capítulo de la novela *La iguana*.

1

Pariala, te dices a tí, Nathalie, la de los labios entre-untados, la puerta de tu cuerpo, Gran Natalia, semiconsciente sueño y anti-conciencia reparadora, Pariala cómo huyes por el laberinto escapándose, acampándose de tí, ¡Pariala! ¡Pariala! la de las alas de la bondad colgadas de los párpados, ¿por qué te conocimos en verano?, cuando las hojas de los frutos marcan la semilla marcan el camino, ¿ah?, y la calle larga la larga calle igual al laberinto estrecho oscuro laberinto llamado como lo llamaren, la deformación de tu esqueleto, la completa degradación de tus muslos llenos de un semen dorado de países fronteras millones de pelitos siempre nuevos siempre otros los pelitos tus muslos color; y la nunca-acaba de la calle que fue y será de ambos y de todos tus ambos y tus juntos y los nuestros; y érase una vez que llegó a una ciudad un señor, todo un personaje, de cuatrocientos o más años de juventud, que tomó un taxi en la Gare St. Lazare, recorrió las primeras calles empedradas de su vida, pagó la carrera al chofer, se desmontó desmontando sus maletas, y solicitó un cuarto en el Hotel Nouvelle y le dieron al todo personaje su llave de su cuarto, donde se instaló muy placenteramente, luego de haber distribuido su único equipaje, un maletín pequeño, abrió la ventana, colocó los pies en el borde, se sentó despacio, tomó la delicada pipa en sus delicadas manos, le puso picadura de la fina y elegante, se quitó el sombrero y lo tiró al suelo, prendió un fósforo y lo conectó a la pipa, aspiró las primeras bocanadas de tabaco, por afuera la tarde estaba gris, abrió un libro y miró la página cuarenta por la que iba, lo cerró de nuevo al libro, siguió fumando, unas nubes a lo lejos anunciaron que llovería pronto, y entonces el señor del que decimos personaje, levantó sus dos manos, las acercó a su cara, y, como un médico que sabe lo que hace, se quitó un par de ojos de cristal que tenía por ojos de verdad, y con cuatro ojos se quedó el

señor, los de la mano y la cabeza, con los cuales, deleitándose en el fino y elegante tabaco de su pipa, se dispuso a mirar, muy despacio, el paso de las palomas que cruzaban rumbo a los horizontes de la noche, como acostumbraban hacerlo todas las tardes.

Pues bien, Nathalie: algún día tenía que pasar, ¿sabes?, algún día, poco importa cuál, ¿acaso importaría?, poco importa el día, para contarte, para decirte, para dibujarte en tu frente un montón de ceremonias blancas y un arrume de cantos amarillos, para introducirte al largo laberinto donde te encuentras desde antes de la Imitación, desde el Ante-Siempre y tú ignorándote tu propia leche, tú negándote el deseo, tú absorbiéndote tu sangre, tu cuerpo secándose en las orillas de una búsqueda sin término, porque empezaste desde muchos siglos antes de que el Recuerdo fuera una amenaza, el abismo donde estás encarcelada, prisionera de tu injusta sentencia a la liberación, degradada por una libertad que no fue sino el abandono y la derrota. Porque cuando ellos comenzaron a gesticular sus primeros gestos, a nacerse sus primeros signos, los años y los días y también las cosas se llenaron de nombres y sentido y desde allá tan lejos tú iniciaste tu camino sin tocar objeto alguno sobre el mundo, apenas con cierta sonrisa en tus miradas, y fuiste un manantial desbordándose infinitamente en el tremendo, abierto, desmedido ojo del recuerdo ya abortado para siempre desde lo más hondo de tus entrañas reventadas. El recuerdo igual a un burlador trágico y sonriente en la mitad del drama que te corroe por dentro como un puñal que se rompe adentro el corazón.

Pero yo sé que para ti el tiempo es como las aguas del río, un andar descansado y un no distinguir jamás el paso del silencio a pesar de que habitamos el silencio. a pesar de que poseemos su cuerpo en nuestros cuerpos. El río que navega nos muestra con su piel el brillo de la noche, la mueca inclemente de sus pasos, los bombillos de las avenidas tiran al agua sus reflejos, que se acuestan los reflejos sobre las aguas mansas. Y más allá del río, por encima de sus dos costados, la ciudad, el amplio homenaje del cemento, de las sombras, de los gritos apagados, de los susurros del viento y de la nieve. Porque también conozco tu amor por la ciudad, tu desmedida hambre. Porque fui testigo de tu voracidad, de tu extendida lengua humana lamiendo las calles más oscuras, besando los rincones olvidados, viajando las noches y los días como una estrella perdida que se llora unas cuantas lágrimas sobre la nostalgia y la melancolía. ¿Te acuerdas de la guitarra, colgada de mi cuarto? Mis manos tocaban esas cuerdas, y tu rostro, cruzado de centellas verdes, agachaba su peso sobre las nostalgias dejadas a lo largo del camino sin nombre. Luego, prendiendo un cigarrillo, con tus manos temblorosas, llorabas quedo, imperceptiblemente, y una o dos lágrimas bajaban hasta el suelo, melancólica guitarra, las cuerdas en mis dedos, la música huyéndose de ahí, el castigo. La culpa con su rabo de paja incendiado. Nathalie como una perra sin dueño que se lamenta en varios gritos sin eco, su soledad: pero era que parecías una gata abandonada en la mitad de los portones, porque siempre me pareciste una huérfana de la existencia rondando la ciudad como una rata llena de ambiciones urbanas, como una sombra despavorida que se busca eternamente sus huellas en lo alto de los ruidos, en el centro de la muerte que pre-siente, en el sello inconfundible de un dolor que ya no se admite sino la compasión, o el exterminio.

¿Cuántas veces te he querido? ¿Cuántas veces, Nathalie Viajera, te quise? ¿Cuántas veces contemplamos las madrugadas del verano, en nuestros meses de exilio? ¿Cuántas veces soportó el Jardín de Luxembourg las primaveras, mientras muy adentro de nosotros, un monstruo de cola enorme, rompía los pechos ahogados?

¿Cuántas veces, Nathalie Amor, huimos al pasar el viento, montados en su espalda?
¿Cuántas veces, Nathalie Corazón, nos embarcamos adentro de los mares, surcando sus palabras vegetales? Díme, ahora, luego de tantos años de separación, cuando los olvidos atropellan la vejez, y los recuerdos anuncian ya la muerte, díme, pequeña hoja aprisionada, ¿cuántas veces nos rompimos, riendo, las copas de cristal de nuestras carnes?

Tenía que pasar algún día y ese día es éste día escogido una vez más tan especialmente para tí, como una corona de luz que se echa al universo sus relámpagos, un día que es todo el tiempo de tu vida y de la mía un poco, porque hoy, precisamente hoy, triunfamos ambos sobre la muerte, porque hoy suprimimos el hecho de morir, porque desde aquí, ¿sabes dónde estoy?, ¿sabes dónde estás?, te lanzo mis hombros fuertes, mi barriga llena de grasa, a tus manos distantes, tus cortas-largas manos distantes, porque a pesar de todo tú tienes muchos más días a tu nombre desde que aprendiste a dominar todo el tiempo, desde que te tomaste todo el tiempo, los míos años se me están muriendo, y tú sigues en cualquier rincón del ancho escenario buscándote tu cara, buscándote tu imagen perdida en quién sabe qué esquina del mundo, porque seguirás odiando hasta siempre la espantosa ceniza de tu soledad impresa cotidianamente como la gran tristeza, en esa lucha contra el abatimiento de tu fuerza, contra el hundimiento de tu voz, contra la envolvente neblina que te cubre.

La gran ciudad era nuestro hogar, el bello río pálido eran nuestros ojos, los proyectos que escribíamos cada tarde, el refugio sensibilizado de la imaginación, la seguridad de que a la postre todo iría demasiado bien. Pero, ¿qué pasó? ¿Por qué llovió tan fuerte aquel verano? ¿Por qué en verano una lluvia así de densa? ¿Por qué en aquel invierno, la tierra se agrietaba como si el peso del calor la partiera inmensamente, castigándola? ¿Y los otros, los amigos, qué se hicieron? ¿A qué rotos humedecidos se escaparon? Todos nos montamos en el largo tren de los adioses: solo tú estás ahora en la estación agitando un pañuelo blanco a los viajeros, sigues esperando a tu viajero, como lo esperabas, disfrazado de Diablo, cuando vivías en el apartamento, allá encaramada sobre una calle triste. Pero ahora no te importan los apartamentos, ahora te importan los pañuelos moviéndose en cualquier lugar, porque empieza a dolerte mucho más el peso inmerecido de tu espera.

La cama, nuestra cama, la cama de los otros, tu cama, no mi cama, esta cama que nos tiene prisioneros, y que pronuncia tu nombre, abriendo la boca, estirando los labios, para decir muy suavemente: Nathalie París, Canto de Amor, en la Salsa Más Revuelta del Mundo. Pero, ¿es tu nombre verdadero? ¿El nombre que conocí bajo la tempestad? ¿Cuál es tu nombre verdadero? ¿Cómo te llamas? Dímelo mientras te paseo estos dedos encima de la ternura de tus besos: ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes? ¿Para dónde vas? Porque tu nombre debe tener un sabor salado, como parido-resoplado por el mar, semejante a las playas, a las arenas de esas playas tu nombre semejante, semejante a la Vida. ¿Cuál? Tu nombre real, con el cual envuelves los aconteceres y les das calor, los amamantas con tus senos de madre, tu nombre real, ¿dónde estás? Tu misma realidad, ¿dónde te encuentras? ¿Bajo qué subterráneo y bajo qué campos de trigo, estás, nombre y semejanza, separación y signo? Pero yo te conozco, ratona del mar. Conozco muy bien los cambios de tu piel con los cambios naturales de la luz, conozco exactamente el lugar en que naciste y al cual arrancarás tu tumba, pues pareces cada vez más un trompo girando sobre un solo punto, sin ganas de salirse, con ganas de salirse, girando, dando vueltas, mirándose la cola, mirándose la trompa, siempre girando, sin acabar, dando tumbos, dando brincos, girando, un torbellino de giros desatados por el fuego.

Nathalie. Ella, así te he llamado con mis labios: Nathalie. Noche. La muerte del pintor anuncia una vez más sus lienzos salpicados: Van Gogh, allá en la colina,

duerme, y nosotros, aquí abajo, en esta cama, nos conversamos y dormimos, tú duermes bajo mi garganta, te adormeces bajo tus inmediatas historias, te vas, a lo hondo, al abismo, airadamente, mientras te hablo y tú me escuchas, Nathalie, el nombre verdadero, ¿real?, tu perfecta piel y tus muslos que hueulen a póvora.

Fundamos con Nathalie un pueblo, superior a Macondo: inexistente. Se llamaba un pueblo el que fundamos sin nombre pura fantasía. Y quien, que trata de ser, es decir, que vive recostado, ¿no vive de sus fantasías? Nathalie, con tu vestido de colores tejido por tí misma en lana gruesa de colores pero tejido a pedazos, como tu amor. ¿Te acuerdas, Nathalie, de las uvas? ¿Y del robo de las frutas, al azar? ¿Y de los paseos junto al río, bajo unos árboles torcidos? ¿Y de los campos amarillos, te acuerdas? ¿Y de las carcajadas en la iglesia, te acuerdas del cementerio blanco, gris, abandonado, solitario de su soledad? Te tienes que acordar, natalicita campeona, porque el Recuerdo está pintado en tu existencia como un bólido celeste, porque fue tu símbolo, porque con él caminas todo el día del día tan largo y corto aquellos tiempos de trigo y oro encima de nuestras esperanzas de colores.

Así, así estamos bien; cobójame, caliéntame con tu cuerpo y con tu aliento, dámame tu cuerpo al mío, y déjame beber tu aliento con mi aliento, gata hermosa, dámame esas manos pequeñitas, pantera reluciente, y descansa aquí en mi pecho, que la noche está pasando, que está pasando por un rato la soledad constante, la de siempre, mordiendo de a poquitos, por tarascadas de trocitos, y así, para volver y regresar, cada vez llevando un mensaje brutal: la violencia cotidiana, sin la cual morimos, es cierto que violencia, brutal, partida, perfilada, presente, seca, dolorida, vertical, tajante, cortante, demoníaca en su belleza, pero sin ella, es cierto, ¿qué haríamos los hombrecitos?, ¿seríamos entonces recostados?, natalicita campeona, y déjate llegar hasta mí, para que soñemos nuestras vidas, porque la vida también es necesario soñarla con los ojos bien abiertos, o cerrados bien, y averiguar por qué carajo las puertas recién salidas de la carpintería tienen que ponerse a chirriar a media noche, solas; y, Nathalie, una pregunta: ¿Hay destino, como dicen?, ¿tú que crees?, lechuga al desayuno, lechuga al almuerzo, lechuga a la comida, ¿tú crees que es así el destino?, definitivamente entonces: el destino es una lechuga que se toma en porciones de tres en tres toda la vida; déjate, ahora, caer encima, para recogerte tus despojos mortales y tus triunfos, porque no todo en la vida humana es derrota, más bien tiraríamos porque lo contrario, déjate venir directamente, así, sí, así mismo, así estamos bien, cruzó un jabalí, que la cama tuya y no la mía, porque nunca tengo cama propia, sino ajena, nos proteja, en el nombre del padre, Carlos Marx, y del hijo, Federico Engels, y del espíritu santo, Lenin y así sea por los siglos de las revoluciones amén.

Arrunchaditos como dos conejos, cuando pequeño, para que te duermas te voy a echar un cuento de los tantos, cuando pequeño, pequeña mía, ¿sabes?, me gustaba mucho espichar gusanos con el pie, unos gusanos verdes, como el mar, pero sin su belleza marina, porque eran como unos monstruos de lo diminuto: me iba cerca a mi casa había un potrero allí mismo buscaba y tenía árboles y bajo ellos los gusanos que les salía cuando debajo del pie sorpresa de muerte una cosa verdosa y yo reía, cantaban mis pulmones la sinfonía del aire y bailaban los pies las danzas macabras de una satisfacción totalizadora y partida, vuelta a comenzar y dale que dale por ahí es la cosa, o también gustaba el niño que en ese entonces tan lejano, hace sesenta años, era yo, como también lo fueron ustedes ha tanto tiempito para cada uno, uno, un tiempo, gustaba de jugar a las bolas en frente de mi casa con los vecinos de mi casa y sin permiso de mamá que cuando me veía se ponía furiosa porque mamá era una persona a la antigua y decía eso, decía, es para los chinos de la calle y tú, decía, no, jamás, y siempre jugaba porque era muy rico saber jugar bien a las bolas bien en la calle de en frente de la rabia de mamá pero lo que más me gustaba yo a mí mismo cuando breve que tenía mi estatura de la propia crecida

era algo un poco cruel pero no se podrá negar que muy interesante por los olorcitos a quemado: cuando nadie me veía, ¿por qué habrían de mirarme si no era necesario?, cuando estaba solo, a los niños les gusta hacer unas cosas solos y otras cosas no, mi juego era mío y era para mí solito mi juego de mí y nadie más cogía una esperma de esas que venden a veinte centavos en la tienda de la esquina de don Inocencio Cristales y la prendía con un fosforito de la caja de fósforos que venden en la misma tienda y la prendía y sin que nadie se me entrometiera prendida la cerilla entonces salía a recorrer perdón prendida la esperma con la cerilla así salía entonces a recorrer con el mismo silencio que años después me acompañó entre mis rotos corporales el resto de la vida que me sobró los rincones más rincones de los huecos y los ángulos de las paredes así como más metidos y ocultos por los trastos viejos y jamás usados o muy poco usados y buscaba el montón de arañas que se encuentran en esos sitios abandonados y tristes por el abandono y la tristeza y entonces pobres las arañas feliz la esperma que les alumbraba los esqueletos empezaban a desaparecer en medio de la quema y salían esos olorcitos a quemado tan queridos por mí desde toda una vida infantil y mutiladas las arañas colgando sus telitas desbaratadas yo muy contento de saber el olorcito bajo las alas de mi olfato y de mi satisfacción posesión de la muerte ajena y no la mía muerte propia porque la mía muerte íntima la odio hasta el final quemaba toda araña que se me pusiera en frente y era a veces encantador oír cómo crepitaban algunas que eran así de grandotas como mi mano de ahora de cuando ahora ya soy viejito soy un hombre hecho y derecho y deshecho e izquierdo y pertrecho y muy formal seguía con mis juegos mi pequeña mía que te me estás durmiendo sobre mi pecho mientras mi pecho se duerme también bajo el peso de tu cabeza de cristal que ayer no más brincaba de salud y bienestar sobre los campos colmados de trigo y fuimos solo una carrera contra el viento para sumergirnos ahora de nuevo en esta carna arruchaditos como dos hermanos jugándose ellos mismos sus fantasías, sus crueidades y aplacarás tu sueño encima de mi sueño, por debajo de mi sueño, con mis voces apagándose, érase una vez en un bosque muy profundo que un burrito y un elefántico se encontraron y se pusieron a caminar conversando de lo lindo hasta cuando se dieron cuenta de que estaban perdidos en la selva.

“En un domingo soleado de julio, cuando el trigo está amarillo, el cielo más azul que nunca y los negros cuervos huyen volando asustados, exactamente como un cuadro suyo pintado aquel mismo mes, Vincent van Gogh pone fin a sus días sin paz, disparándose un tiro de revólver en el pecho”.

Pero en mi pecho, Nathalie, no quiero balas de revólver, te quiero a tí, Nathalie, para que los cuervos se asusten de tu belleza desflorada y para que dure el amarillo hasta el otoño y para que el cielo azul dure azul hasta el invierno, porque una vez en una playa, Nathalie, había una niña-niñita casi que mujer de catorce edades tan deslumbrante que el sol aquella tarde de mar alumbraba todos los contornos hasta sacarle a todo chispas y centellas de la envidia, y esta niña de cabellos-oro y sonrisa de luna en un amanecer sin tiempo, fue violada con dolor y sin placer por otro niño un poco más grande y ella cuenta que le había dolido mucho pero que lo había hecho el sacrificio por amor y que el mar les había reclamado un poco de su sangre porque había sido testigo de que como se había sucedido tan bellamente el sucedimiento y el dolor bien había valido el holocausto y desde entonces esta niña, Nathalie, anda por el mundo, dizque porque el tiro le salió por la culata, y cuando se le murió el compañero de la primera vez y búsqueda y del primer hallazgo la niña que había competido con el sol algún día junto al mar se fue caminando por el mar hacia el horizonte secreto del mundo, atravesó bosques espesos y montañas inmensas, y después de andar y caminar muchos meses y estaciones hasta que perdió la cuenta, tampoco pudo encontrar al amante desaparecido ni tuvo la ca-

pacidad de saberse detener a tiempo, porque fueron muchos los afortunados de sus besos buscadores pero ninguno logró las bienaventuranzas de su entrega-entregadora, porque la niña de cabellos-oro era entonces una sola lágrima y una sola semejanza con las soledades y los abandonos y nunca ninguno de los hijuemuil amantes supo jamás de su ternura hasta que el tiempo que todo lo puede y el papel que todo lo resiste, tiempo y papel, acompañados, dieron testimonio de que se le veía en todas partes agitando un pañuelo lleno de mocos tratando de saludar al viajero que nunca habría de viajar, al amante azul que nunca habría de llegar.

Nathalie, nuestra copa de vino, nuestra unión por el corazón del vino, Nathalie, en nuestras copas llenas, sentados ahora que es el invierno en tu ciudad, en este bar abajito del boulevard Saint-Germain, los dos entrelazados, como tantas veces, como hermanos de la sed, prefiriendo las cosas y los trastos pobres de la tumba de Van Gogh, recordando el cementerio donde juntos nos arrodillamos, Nathalie, y dijimos lo que él había dicho en alguna de sus horas:

"J'ai préféré la mélancolie qui espère et qui aspire et qui cherche, à celle qui, morne et stagnerne, désespère".

"(He preferido la melancolía que espera, que aspira y que busca, a aquella que, sombría y estancada, desespera").

Nathalie, los dos, esta noche de invierno, en este bar, en este fiel rincón, en esta fiel esquina de nuestras intimidades, tu copa llena, mi copa llena, la melancolía desbordada para seguir viviendo con nosotros, pero las copas llenas de sangre, que es la nuestra, mientras algún disco suena las últimas notas del año que se va, y nuestros cuatro ojos se humedecen de tristeza, se parecen por un instante a las praderas recién amanecidas y mojadas, y en tu copa, tan llena, y en tu sonrisa de gata, Nathalie, en esa copa que sostienen tus manos brota pausadamente un humo transparente que viene del fondo de tu copa que tiembla porque empezaste a temblar en este momento y en ese fondo, donde hay un torbellino incendiado, se retrata tu rostro azucarado, tu rostro envejecido, el rostro de tus veinte años, Nathalie, el rostro de tu encuentro con las cosas y el mundo, tu rostro dibujado en el fondo de la copa, dentro de un bar sombrío de la gran ciudad donde las sombras conversan con los transeúntes adormilados y callados porque perdieron la facultad de hablar, tu rostro amado, malamado, tu rostro, Nathalie, en el fondo de tu copa, un rostro que no acaba de mostrarte el hundimiento de tu barco en pleno mar, que no ha venido desde el fondo de tu copa a disimular el hundimiento ni el naufragio sino que te señala con el dedo para que tú misma, Nathalie, te rompas ese rostro contra el otro lado del fondo de la copa y estalles como una burbuja de jabón.